

LA VANGUARDIA

LA VANGUARDIA

ACLARACIONES MARGINALES

LA ESPAÑA REAL Y LA ESPAÑA FINGIDA

SOBRE el existe discrepancia o antagonismo entre la realidad de nuestro país o determinados esquemas que le atribuyen estas o aquellas tendencias hay una antigua y mantenida polémica que llega hasta nuestros días. La última opinión la ha expuesto en forma brillante el más caracterizado teórico de nuestro integrismo político en las columnas de un diario madrileño. Según su tesis, los que pretenden una solución «demo-liberal» para el futuro, viven en la pura ficción. Ni el país, mayoritariamente, la quiere. Ni —lo que es más interesante— la quiso nunca. Y desde don Antonio Maura, hasta don Gumerindo Azcárate, pasando por don Joaquín Costa, por no citar sino tres pensadores liberales, todos convenían en que el «demo-liberalismo» era falso y artificial y que cuanto antes se acabara con él, dando paso a la España real —¿a cuál?—, tanto mejor. Por no haber seguido esta serie de ilustres consejos, fue dando tumbos la Monarquía canovista hasta acabar «suicidándose» como consecuencia de unas elecciones adversas en abril de 1931.

Esta tesis que hemos escuchado y leído, con reiteración, mereca a mi entender algunas aclaraciones marginales. En primer lugar, explicitar el sentido de la denominación «demo-liberal», que se utiliza para atacar a cuantos no se sientan solidarios con el despotismo autoritario como forma de gobernar un país. «Demo-liberal» era la expresión favorita de Adolfo Hitler en sus discursos y en sus libros, juntamente con la «conspiración internacional judía» y la necesidad de exterminar «las razas inferiores». Ya sabemos cómo terminó aquello. Es ahora, éste, el recurso dialéctico de los fray gerundios hispánicos: «Invéntese un buen maniqueo. Atribuyasele el mayor número de necesidades. Refútase con silogismos, si es posible. Sirvase frío con alguna cita de autor alemán o griego».

¿Qué es lo «demo-liberal»? La verdad es que lo ignoro. Conozco el sistema democrático que funciona, con evidentes dificultades y con tenaz empeño de superarlas, en los países de más alto nivel industrial y de mayor índice de libre convivencia del mundo, no comunista. El propósito de sobrepasar los inconvenientes pragmáticos del sistema con reformas, jurídicas o de hecho, en su funcionamiento, se debe precisamente a que ninguna de esas naciones quiere volver a las experiencias fascistas de los años treinta que tuvieron, al final su balance: veintitrés años en Italia, doce años en Alemania, un saldo poco convincente. Quieren esos pueblos que la soberanía nacional siga formando el sustrato común de su vida pública y piensan que eso, con las diversas modalidades constitucionales, es un armazón institucional válido para organizar su convivencia civil.

La democracia helvética, la alemana occidental, la sueca, la norteamericana o la neo-zelandesa son distintas en su versión constitucional, pero idénticas en su fondo filosófico. La soberanía pertenece a la nación, a la colectividad, al país. No es propiedad exclusiva de un reducido grupo de usuarios y usufructuarios que en nombre de la superioridad intelectual o de la excelencia tecnocrática o del mito revolucionario, o de la lucha de clases, o del partido totalitario, o de las obras que realiza el Estado, o del más auténtico patriotismo, auto-calificado como el mejor, se arrogan el monopolio indefinido del poder con prórroga hereditaria y testamentaria, invocando fechas, legalismos y eficacias estatales, por lo visto, nunca conocidas antaño.

El espantajo «liberal» es otro tema que da mucho de sí, como ocurría en las clases de los seminarios pre-conciliares. Entre el Astete y Sardá y Salvaný ¿qué no podrá aducirse en contra de tan funesta doctrina? Se ataca al liberalismo con imágenes decimonónicas del «Maitre des forges» y del «Correo de las familias». El reinado del liberalismo económico ha terminado en el mundo capitalista, desde 1930. Las crisis cíclicas; el Keynesianismo; Franklin Roosevelt; la segunda guerra mundial y el progreso tecnológico; sobre todo, han liquidado sus arcaicos planteamientos. El «liberalismo» político, vocablo universal acuñado por España, juntamente con «guerrillero», «pronunciamento», «junta», «desperado» y «conquistador», también ha fenecido ante el empuje de los credos totalitarios, las ofensivas revolucionarias, la emancipación del tercer mundo y el avance del socialismo. Pero de ese credo inicial han quedado en pie cosas que se han incorporado, como siempre ocurre, al sentir común de los pueblos que pasaron por la experiencia. La iniciativa privada; el sistema de mercado; la responsabilidad del empresario; el imperativo del beneficio; la competitividad, son algunos de los conceptos que el liberalismo económico dejó como legado, al retirarse la marea, en forma de sedimento permanente de la sociedad industrial. El general deseo de los pueblos más progresivos del Occidente, de preservar las libertades individuales, es decir, los derechos básicos de la persona humana, es otra contribución del liberalismo político a las instituciones y a la mentalidad dirigente de las democracias más importantes del mundo libre. Por eso se repite con insistencia que las sociedades actuales europeas y americanas, son liberales, y que hombres como Giscard, Schmidt, Ford, son gobernantes con una concepción liberal del Estado, de la convivencia civil y de la vida comunitaria. ¿Los pobres! ¿Si supieran en qué nefando pecado han incurrido y bajo qué iras justicie-

ras de la extrema derecha española han de caer, en cuanto se descuiden!

Eso en cuanto a lo «demo-liberal», que, según parece, tratamos de ofrecer unos cuantos españoles, anacrónicos y suicidas, a la opinión futura de nuestro país como solución. Si lo que se quiere decir es que aspiramos a que la soberanía resida en la comunidad y no en un senado hereditario a la veneciana, estamos de acuerdo en aceptar la calificación. Si se trata de acusarnos de querer para los españoles la plena vigencia de un código real de libertades y derechos efectivos, contrapartida lógica de sus deberes para con la colectividad, también lo aceptamos humildemente y sin rebozo, ni seudónimo. ¡Si a eso se llama suicidio! Yo más bien pienso que fue suicidio —histórico y retumbante— el del «bunker» de la cancillería de Berlín, en donde perecieron, por voluntad propia, el «Führer» con Eva Braun y la familia entera de Goebbels, el hombre que lanzó la original teoría de la información que consistía en repetir sin cesar una misma mentira hasta que se aceptara como verdad.

Ni Azcárate, ni Maura, ni Costa eran enemigos de la representatividad democrática, ni de las libertades y derechos personales. Bien al contrario. Contra lo que se alzaron fue contra la tremenda ficción que eran en España, salvo alguna excepción, los partidos políticos y las elecciones generales manejadas desde el Ministerio de la Gobernación sin ningún recato. Se oponían al «pucherazo» como sistema, al fraude electoral que falseaba, en efecto, el principio democrático y lo convertía en una comedia ridícula. Pero el remedio no estaba en condenar el sistema, sino en autenticarlo, en arriesgar una expresión de voluntades sincera, para lo que era preciso que hubiera partidos con apoyo popular poderoso en la derecha y en la izquierda que convirtiesen la ficción en realidad. Por no haberlo intentado o logrado, vino la Dictadura, primero, y la República después. La derecha en su inmensa mayoría, prefirió sestear a la sombra del general Primo de Rivera en vez de afrontar la responsabilidad de organizarse por las contiendas de opinión que eran inevitables en el futuro.

Si. Es cierto que hubo una España ficticia y una España real. La primera era la de los fraudes electivos, con sus Cortes, llenas de representantes «cuneros» y elegidos por el artículo 29, por el automatismo de la soledad. La España real vivía al margen de la farsa, pero el despertar fue malo para el país y para todos. Los ensueños en política producen, generalmente, traumas sin cuento.

José M.^a de AREILZA

OCIOS Y DIVERSIONES

El número de los que se aburren

HOY tocaremos el tema desde otro ángulo. Más de una vez, en estas mismas páginas, me he referido a la cuestión del «aburrimento», y, si no recuerdo mal, insistiendo sobre la amenaza que una sociedad como la nuestra —la de hoy, en términos generales— representa a dicho nivel. Es obvio que unas formas organizativas cada día más estrictas, basadas en una expectativa creciente de «seguridad», provoquen situaciones casi sistemáticas de tedio. Objetivamente, tal parece ser la tendencia. De ahí, sin duda, que nunca como ahora la «diversión» haya alcanzado unos grados tan elevados de desarrollo. En primer lugar, se ha industrializado: grandes tinglados de negocio fabrican descansos en el consumo de «diversiones». ¿Hará falta poner ejemplos? Piensen ustedes en su televisor, en sus discos, en los transistores con novela sistemática, en el cine de la esquina, en los papeles impresos de mil clases. Multitudes de individuos se ganan el jornal, además, en los «servicios» correspondientes: el camarero, el aposentador, el tío que teclera el órgano eléctrico, las señoritas de cabaret, los cantantes, el «maitre», el pinche de cocina, la taquillera, el escritor... La lista se haría interminable. La mayoría de estos oficios son de creación reciente, si bien se mira. Desde luego, existe una asombrosa demanda de «diversiones»: sin precedentes. Y ocurre así porque la gente se aburre. Necesita «distraerse». El problema, en efecto, se relaciona de algún modo con el cupo de ocio que actualmente se le ofrece al ciudadano medio. Se ha hablado mucho de la «civilización del ocio», estampa idílica en la que las máquinas harán todo el trabajo —la mayor parte del trabajo, ¡vaya!— y el vecindario pasará el rato sin tener nada que hacer. Todavía estamos muy lejos de esa esperanza. Los trucos de las estadísticas, a menudo, confunden los planteamien-

tos. Por ejemplo, certifican que, para alimentar a la población del país equis, hace tres cuartos de siglo, un porcentaje elevadísimo de personas tenía que dedicarse a la agricultura y a la ganadería, mientras que hoy se cubren esas urgencias con una cuota mínima de brazos. Lo cual es cierto, gracias a la química, a los tractores, a las cosechadoras, y a todo eso. Pero no sólo de pan vive el hombre; el consumo —de lo que sea, sin excluir las «diversiones»— sigue exigiendo el esfuerzo diario de todo el mundo. Los adelantos tecnológicos han producido un poco de ocio: no demasiado. ¿Es ese «ocio» lo que explica el afán de «divertirse» que predomina en el ambiente?

Habría que considerarlo. En todo caso, no sería el factor decisivo. Sigo creyendo que la democratización del aburrimento tiene raíces más complejas. Y, por otro lado, me asalta la duda de si, en realidad, la muchedumbre urbana y rural se aburre de veras. Todo depende, claro está, de lo que se entienda por «aburrimento». Quizás, al hablar del asunto, nos dejemos llevar por una determinada «literatura» más o menos «maldita», que apenas tiene cien años, o ciento cincuenta, de vida. Si se pudiera hacer una «historia del aburrimento», es muy probable que tuviéramos que empezarla con Baudelaire o con Dios sabe qué antecedente inmediato inglés, a partir del «spleen» y de efluvios líricos similares. No lo sé. Me limito a insinuar una pista. Tradicionalmente, la humanidad no dio la impresión de que se aburría, en su tránsito sucesivo por este Valle de Lágrimas. Como cualquier otra especie zoológica, la humana no se aburre. Lo de las ostras —«aburrirse como una ostra» ha sido un giro verbal muy gráfico— no es más que un antropomorfismo, probablemente inventado por los clientes de restaurantes elegantes y caros. Ni la ardilla, ni el león, ni la pulga, ni la gaviota,

ni el hipopótamo, ni los pollos de granja si quiera, se aburren. Que se sepa, de momento. Cuando Plinio aseguraba que los elefantes ven crecer la hierba, alguien lanzó la sospecha: «O Plinio ha sido elefante, o algún elefante se lo ha contado a Plinio». Bromas aparte, el tedio es indiscutiblemente una creación cultural, humana, específicamente humana, por tanto: más aún, clasista. Una creación de la clase que podía «aburrirse».

¿Tanto peligro corremos de aburrirnos? Me lo pregunto. Lo de los jóvenes es otro asunto. La juventud no es una «clase», como se ha dicho a veces. Es, en el fondo, otra fauna: otra especialidad biológica, que los adultos nos resistimos a admitir, olvidados de que nosotros mismos lo fuimos. No se me tome al pie de la letra la definición. Pero los chicos han de desfogarse de una manera u otra: están genéticamente «programados» para ello. Lo suyo no es «diversión»: es una estampa, o estampida, como de rebaño excitado. Lo pide el cuerpo. La previsible confabulación de los «mayores» se centra en frenarlos. A los mayores nos fastidia no ser jóvenes, y muchos episodios psiquiátricos atribuidos al famoso «complejo de Edipo» deberían ser reexaminados del revés: el complejo, no del niño, sino del padre. Con una frecuencia escandalosa, los papás son los «acomplejados», y lo disimulan —y hasta lo han hecho disimular por los psicólogos, que además suelen ser papás— trasladando la acusación a la prole. En este terreno, todo es trampa. Y, si no todo, mucho: muchísimo. No: lo de los chicos no pertenece al área de la «diversión». Es otra cosa. Y vigilada. Las discotecas y los bares o paseos para adolescentes continúan siendo maniobras seniles. Los chavales ni se enteran, y acaban creyendo que se lo pasan «bomba», o como gusten decirlo en su dialecto. El verdadero

«aburrimento» comienza después: cuando uno ya no es joven. Y cuando uno aún no es viejo, además. Los vejestorios —que, si hay suerte, todos seremos— ¿se aburren? ¿Se han aburrido nunca?

El anciano dispone de la somnolencia, del recuerdo, de su inevitable degradación nerviosa, y su necesidad de «diversión» es mínima. Es conmovedor ver cómo se duermen ante una «tele» cualquiera. Pero el resto del espectro demográfico tampoco se aburrir jamás. Se hacían visitas, rezaban el rosario, chismorreaban, daban paseitos «de moda», acudían a las cuarenta horas, a la ópera, a la taberna del barrio a beber tintorro o a jugar una partida de naipes. ¿Se aburren, se aburrían, se aburrirán? Dejaron pasar el tiempo, que eso es vivir. Nuestros abuelos se nutrían de leyendas, de romances, de balloteos locales, de oficios religiosos, de chamelos o tutes. Su oportunidad, hoy, nos puede parecer pobre: miserable. Pero evidentemente no se aburrían. Tenían sus ciclos de fiestas, sus oraciones periódicos, las jugadas familiares de un bautizo, una boda o un entierro. Fueron pocos los que se aburririeron. Quitando a Baudelaire y a su descendencia, nadie se aburriría. En este instante, con el cambio de los mecanismos sociales, la presunta fantasmagoría del tedio se ha hecho todavía más tonta. Entre contemplar un telefilme yanqui y asistir a un novenario no hay mucha diferencia, salvadas las implicaciones sobrenaturales, que no son de mi incumbencia. No, no... No se aburren. No nos aburrirnos tanto como nos inclinamos a creer. Ni se aburririeron nuestros antepasados, sin pantallas grandes ni pequeñas, sin tocados, sin libros de bolsillo. Ni siquiera se aburriría Baudelaire, ocupándose de sus versos...

Joan FUSTER

¡NECESITAMOS VACIAR STOCKS, ¡¡APROVECHESE!

OFERTA CRISIS. Solo durante 20 días.

VITRINA 2m. PRECIO ESPECIAL

59.000 ptas.

COFRISA

Pº SAN JUAN.71

Tel: 207 0597 (Precisamos colaboradores)

Accesorios y tubería de cobre desde 6 a 54mm. Ø. Para agua, gas, calefacción e industria.

Manufacturas Metálicas

AVIÑO S/A

Espronceda, 105

Tel. 308 52 44 - Barcelona 5

PARA ESTUDIANTES de 8.º E. G. B. y SIMILARES

UnceT UNION NACIONAL DE CENTROS DE ENSEÑANZA TÉCNICA

NUEVOS CURSOS PROFESIONALES

adecuados para jóvenes de 14 a 17 años, en las especialidades de

ELECTRONICA INDUSTRIAL - RADIO TV y SONIDO

COLOCACION ASEGURADA en el 2.º año de estudios. MATRICULA ABIERTA para el curso 1975-76

Los padres interesados pueden solicitar información en:

ESCUELA TÉCNICA RADIO TV, Calle Gerona, 47 entº. Tel. 317 69 93 y 99

Centros en BARCELONA, BILBAO y MADRID